

**ACEMOGLU, D., JOHNSON, S.: *Poder y Progreso: Nuestra lucha milenaria por la tecnología y la prosperidad*. Deusto, 2023. 568 pp.**

Los recientemente galardonados con el Premio de Ciencias Económicas del Banco de Suecia en Memoria de Alfred Nobel, Daron Acemoglu y Simon Johnson, publicaron en 2023 una de sus obras más controvertidas, *Poder y Progreso*. En ella, los autores tratan de defender la idea de que el progreso económico no es un proceso automático, y menos aún cuando lo vinculamos con la tecnología y el trabajo.

En contra del optimismo generalizado según el cual las nuevas tecnologías y, especialmente, las nuevas inteligencias artificiales, destruirán acaso algunos empleos tradicionales, pero compensarán a su vez con la creación de un nuevo mercado laboral, Acemoglu y Johnson

procuran ofrecer otra serie de variables que creen necesarias para entender cómo la tecnología puede afectar realmente su relación con el trabajo.

Cuando las tecnologías, las máquinas o los robots, apoyan la actividad del trabajador, incrementan también la productividad marginal. Por el contrario, cuando estas tecnologías sustituyen a los trabajadores, entonces la productividad media puede aumentar, señalan Acemoglu y Johnson, pero los emprendedores y los inversores se convierten en los principales beneficiarios, “mientras que la mayoría de la población obtiene escasos beneficios” (p. 17). Frente a una posición que creen dominante en economía, que vendría a sostener que el progreso tecnológico aumenta la mano de obra (Mankiw, 2010), Acemoglu y Johnson dedican su obra al valioso esfuerzo de demostrar que “la automatización puede (aunque

no necesariamente) reducir los salarios [...] y la mano de obra” (p. 450).

El aumento de esa productividad marginal, añaden Acemoglu y Johnson, no es tampoco un proceso instantáneo o directo, que aparece simplemente por yuxtaponer a trabajadores y máquinas en las fábricas o las oficinas. Los trabajadores han de tener fuerza negociadora y la legislación laboral ha de incentivar, igualmente, a los empresarios para que compartan sus ganancias y sus rentas.

Los grandes procesos de automatización a lo largo de la historia han ido acompañados de una cierta reorganización del trabajo, de la creación de nuevas tareas y nuevos oficios para los trabajadores. Acemoglu y Johnson desarrollan varios estudios de caso para demostrar este particular.

Por ejemplo, en el segundo capítulo escogen un caso muy esclarecedor, lleno de fallos en

la aplicación de la tecnología. Los autores se centran en la escuela de ingenieros franceses que, tras su éxito en el Canal de Suez, intentaron aplicar las mismas ideas al caso panameño. El apoyo estatal, las condiciones de la mano de obra local y hasta las circunstancias atmosféricas influyen en el devenir de un proyecto de tal complejidad. Con este caso Acemoglu y Johnson nos enseñan que aquello que ocurrió en el pasado no tiene por qué suceder en un futuro, en un contexto distinto, cuando se altera, además, la relación entre tecnología, trabajo y entorno.

En el tercer capítulo, Acemoglu y Johnson ahondan en cómo los proyectos tecnológicos, en ocasiones suficientemente elocuentes por sus éxitos (como en el caso de Suez), buscan además el respaldo de la narrativa, el respaldo de la retórica. Analizan en este punto nuestra inclinación natural al prestigio

o a la posición social como una forma de otorgar la confianza, ya sea en el terreno político, bursátil o empresarial.

En el cuarto capítulo inciden en una de estas célebres narrativas: la que intenta culpar a los pobres de su miseria. Por ejemplo, el sometimiento de los trabajadores y de la población general en la Edad Media escondía los beneficios de esos virtuales avances técnicos, que tenían a los estamentos privilegiados por sus únicos beneficiarios. El motivo no era, obviamente, la pereza o ineptitud de los pobres, sino de un contexto institucional opresivo, en el que esas novedades tecnológicas reproducían la desigualdad existente.

El capítulo quinto está dedicado a la Revolución Industrial, y esboza una explicación lo suficientemente consabida, sobre la que no es necesario incidir. El sexto capítulo, por su parte, trata

acerca de “las víctimas del progreso”, es decir, todos aquellos expulsados y repudiados por la Revolución. Y este apartado ya sí es de suma importancia para la historia, precisamente porque Acemoglu y Johnson tratan de advertirnos sobre los peligros que el progreso ininterrumpido e indiscriminado de la tecnología puede tener sobre ciertos colectivos.

El capítulo séptimo incide en cuestiones políticas, como la fijación de precios, el derecho a huelga, y en general todas las tareas que tratan de contener la desigualdad económica. La idea de Acemoglu y Johnson es que los incipientes derechos laborales, así como las mejoras en los sistemas públicos de sanidad o educación, fueron correlatos políticos necesarios para entender el desarrollo de nuevos oficios y la mejora generalizada en la calidad de vida a lo largo del siglo XX.

Los capítulos 8 y 9 cuestionan, precisamente, que esa prosperidad pueda volver a darse en nuestra época. Los autores abogan, como ya señalamos, por combatir la idea según la cual la incorporación de nuevas tecnologías implica de manera automática y directa mayor riqueza para el trabajador o para la sociedad en general.

Así pues, y tras la prolija discusión de los distintos casos, Acemoglu y Johnson pueden retornar entonces a su presente, al ejemplo que sin duda más les preocupa, que es el de la IA y las nuevas tecnologías. A la luz de esos estudios del pasado, los autores creen tener derecho a preguntarse, en los capítulos 10 y 11: entonces, ¿qué sucederá con la inteligencia artificial? ¿Y qué ocurrirá si la inteligencia artificial destruye el trabajo humano o grandes sectores del trabajo humano? ¿Y si crecen las desigualdades salariales, si aumenta la población desempleada, si se

empobrece, en suma, la mayor parte de la población? ¿Qué consecuencias políticas puede traer la inteligencia artificial? ¿Y si la redistribución del poder político en favor de los grandes gurús tecnológicos acaba por destruir nuestras instituciones políticas?

Desde el comienzo de su obra, Acemoglu y Johnson asumen una posición en cierto sentido pesimista o, más bien, cautelosa. Y ello no porque intenten ofrecer una crítica destructiva al optimismo generalizado sobre la compensación del desempleo tecnológico. La postura de autores como Marco Vivarelli, por el contrario, aunque acepta a regañadientes que la innovación de productos puede favorecer la mano de obra, sí que afirma con rotundidad que la innovación de procesos (por ejemplo, la inteligencia artificial) afecta negativamente al empleo (Pianta y Vivarelli, 2000). El argumento de Poder y Progreso es interesante porque

no descansa del todo en la investigación empírica en economía, sino que tiene que ver también con la prudencia política: habría tanto que perder en ese caso, en el caso de que todas esas preguntas que formulábamos se convirtiesen en realidad, que la sola posibilidad nos deber llevar a regular a las élites, y a imponer restricciones al desarrollo tecnológico desenfrenado, en el que la participación política y ciudadana no parece importar en absoluto.

Algunas de las propuestas del libro tienen, sin embargo, un tono algo especulativo, porque no engarzan con los diferentes programas y leyes que las instituciones políticas han desarrollado en torno a la automatización y el trabajo (Rodríguez de las Heras Ballell, 2024). Además, se detiene en lo que es propiamente el momento tecnológico de estas grandes empresas, cuando se sabe que éstas “se están expandiendo

más allá de sus ámbitos tradicionales y se manifiestan como una fuerza ubicua que prevalece en diversos terrenos políticos” (Khanal et al., 2024, p. 2).

Hay también un sesgo geográfico. La tradición anglosajona y el pensamiento escrito en inglés dominan por completo el aparato teórico de Poder y Progreso. También sucede así con los estudios de caso, con los datos empleados, con las citas y hasta con los pequeños ejemplos. Hay un olvido casi total de muchas regiones del mundo, incluyendo Hispanoamérica.

La idea de que la automatización y la deslocalización del trabajo pueden revertirse con inventos que hagan más ricos a los empresarios, a la vez que aumenten la aportación de los trabajadores a la producción, es sin duda una idea deseable e interesante. Ahora bien, cabe preguntarse por qué, en tantas ocasiones, esto no sucede. Y no somos los únicos que

desarrollan una crítica a la obra de Acemoglu y Johnson en este punto. Recientemente, Daniel Sarewitz publicó una breve pero incisiva reseña en la revista *Issues*, en la que argumentaba que el principal problema de *Poder y Progreso* es que no es, en absoluto, original. Precisamente para parecerlo, señala Sarewitz, habría decidido obviar todo ese corpus de bibliografía sobre cambio tecnológico y trabajo, con el fin de realzar así la contribución de los propios autores.

Sarewitz tiene razón. No obstante, sus motivos no son del todo convincentes. No es que los autores no empleen la bibliografía relevante en su ámbito de conocimiento; de hecho, hay más de cincuenta páginas de recomendaciones bibliográficas comentadas (pp. 447-508), uno de los momentos estelares del libro, donde los autores demuestran su completa erudición en torno a la literatura económica. Es

fundamentalmente cierto, sin embargo, por otro motivo: porque ignora literatura relevante en otros ámbitos del conocimiento, como los estudios sociales de la ciencia, que apenas aparecen mencionados, o la filosofía de la tecnología, e incluso algunas tradiciones heterodoxas en historia económica. Cuando los autores entroncan con temas relacionados con educación, con la relación entre sociedad y la tecnología, o con el carácter fundante que ciertas tecnologías tienen en la subjetividad humana, esta ausencia se hace aún más evidente.

Pese a todo, creo que el libro trata de defender argumentos acuciantes, con numerosas implicaciones teóricas y prácticas. Lo hace desde el conocimiento, pero también la omisión, de gran parte de la bibliografía existente. El argumento que combaten y las propuestas positivas de Acemoglu y Johnson tal vez

no sean, por lo tanto, originales y novedosas, pero no por ello merecen olvidarse o desdeñarse. *Poder y Progreso* vuelve sobre ellas y lo hace con un estilo fluido y claro. Por eso esta obra es un buen punto de partida, sobre todo para el público generalista. Acemoglu y Johnson sostienen con determinación una idea siempre actual y por la que sigue valiendo la pena combatir: el progreso social tiene que ver, sin duda, con la tecnología, pero no solamente con ella.

BENEDICTO ACOSTA DÍAZ

Universidad de Salamanca  
(España)

